

Rutilia Calderón: un buen ser humano

¹ Ramón Romero

En 1968, cuando a la luz del Concilio Vaticano Segundo, los obispos latinoamericanos tuvieron su histórica reunión en Medellín, Colombia, la iglesia que ellos representaron hizo oficial su opción por los pobres. Los documentos de Medellín, en especial los de Justicia y Paz, fueron brújula y cimiento del compromiso social de millones de cristianos latinoamericanos, procedentes de diversas clases sociales, unidos para luchar por una sociedad más humana.

En ese contexto, Rutilia y yo, venidos de dos colegios católicos de Tegucigalpa, ella del Sagrado Corazón y yo del San Francisco, fuimos parte de la naciente Juventud Estudiantil Católica (JEC), que nos formó en la solidaridad con los pobres y en la lucha por la transformación de la sociedad, compartiendo ideales y tareas con jóvenes del campo y la ciudad. A temprana edad, la mayoría de muchachos de la JEC quedamos marcados por causas justas, a las que nos hemos mantenido fieles de por vida. En esos espacios nacieron amistades genuinas, que han perdurado por más de cincuenta años. Ruti, como desde entonces la llamamos, junto con Donaldo Ochoa, Hugo Álvarez, Rafaél Del Cid, Octavio Alvarenga, María Rubio, Fernando García y muchos otros, cimentamos nuestra amistad en la lucha contra la injusticia y en favor de la paz. El sacerdote Luís Alfonso Santos, quien años después fue obispo de la diócesis de occidente, nos guió en el desarrollo de la conciencia social, a la luz de los evangelios. El entonces diácono Iván Betancourth, que luego se ordenó sacerdote y pocos años después fue asesinado en la matanza de Los Horcones, fue también un orientador nuestro.

El padre Santos era el párroco de la Iglesia María Auxiliadora, frente al mercado San Isidro, en Comayagüela; su parroquia comprendía muchos barrios en condición de grave pobreza. Uno de esos barrios, llamado El Pastel, por estar ubicado en una colina en forma de pastel, fue atendido por aquel párroco y estudiantes que apoyábamos la

labor social de la iglesia. Ese fue un espacio de encuentro real con la pobreza. Ahí muchos de nosotros, que proveníamos de la clase media, incluyendo a Ruti, conocimos algunas angustias y esperanzas de los pobres.

Además de atender El Pastel, pronto se nos presentó otro compromiso: un 3 de mayo, a principios de la década de 1970, un grupo de pobladores muy pobres tomó posesión de unas tierras urbanas, en la entonces salida del norte, y fundaron una colonia que lleva por nombre aquella fecha. El padre Santos y muchos jóvenes estudiantes fuimos solidarios con aquellos pobres. Ahí Rutilia participó de la catequesis de niños y adultos, además de apoyar acciones educativas y de salud. Tales acciones sociales, con fundamentación en la fe, fueron aquilatando la conciencia y el compromiso de Ruti.

Siendo ella estudiante de la Facultad de Ciencias Médicas de la UNAH, se vinculó con el Departamento de Medicina Preventiva, que por esos años era una unidad emblemática en su labor social. Académicos sudamericanos como Juan Samaja, que aportaron orientación a dicha unidad, fueron mentores de Ruti. Aquel fue un tiempo en que compartió sus estudios con la vida familiar, las vivencias de la fe y la acción social.

Cuando se hizo médico me contó que se iba a Brasil a estudiar epidemiología. Esa decisión evidenció la continuidad de sus opciones sociales. Iba a estudiar un área social de la medicina.

A su retorno ejerció como profesora de la Facultad de Ciencias Médicas. Estudió además el Doctorado en Gestión del Desarrollo y se interesó por los temas de la docencia universitaria, más allá de su propia facultad. Ocupó un cargo técnico en el área docente.

Cuando un grupo de universitarios impulsamos un proceso de transformación universitaria, que eliminara la injerencia de los partidos políticos en la actividad universitaria, combatiera la

¹ Doctor en Filosofía, Abogado y Notario. Ha sido profesor universitario en universidades nacionales e internacionales. <https://orcid.org/0009000399248988> Correo electrónico: ramonromero54@yahoo.es

corrupción y situara lo académico como primera prioridad, logrando una nueva Ley Orgánica de la UNAH, Rutilia Calderón simpatizó con tal causa. Luego ella fue un apoyo técnico valioso para la Comisión de Transición, que para conducir la reforma nombró el Congreso Nacional. Ella fue parte de un equipo de diseño en el área docente, con Brenda Hall, Lilian Ferrera, Olimpia Córdova, Patricia Cañadas y otras valiosas profesoras universitarias.

En agosto de 2006, la Comisión de Transición la nombró Vicerrectora Académica, el mismo día en que también nombró Directora de Investigación Científica a Leticia Salomón y Director de Vinculación Universidad-Sociedad a quien esto escribe. Rutilia orientó la actividad docente y nos dio espacios a Leticia y a mí, para conducir la investigación científica y la vinculación con la sociedad.

Cuando fui candidato a rector, en 2007, Ruti me expresó su apoyo. Yo estaba seguro que de ser elegido rector, ella y yo haríamos un buen equipo.

En el año 2008, la Comisión de Transición fue sustituida por la primera Junta de Dirección Universitaria, que presidió el Dr. Olvin Rodríguez y de la cual fui miembro. Durante su gestión esta Junta tomó la difícil decisión de destituir al rector, y de acuerdo con la ley, la Vicerrectora Académica, doctora Rutilia Calderón Padilla, asumió la rectoría en forma interina. Entonces pude evidenciar de nuevo, esta vez desde la Junta de Dirección, la entereza moral de Ruti, su transparencia, imparcialidad, sentido de justicia y su capacidad técnico profesional, conduciendo la rectoría. Nunca tuvo el menor interés en beneficiarse en manera alguna de su condición de rectora. Muy al contrario, trazó una clara línea de demarcación entre lo personal y el cargo que ejercía.

Cuando, unos meses después, elegimos como rectora en propiedad a la licenciada Julieta Castellanos, fue evidente que ambas, rectora y vicerrectora académica, constituían un equipo de alta capacidad y entereza moral. La UNAH, la juventud universitaria y el país resultaron favorecidos con su trabajo.

Durante el tiempo que presidí la Junta de Dirección Universitaria, Ruti y yo mantuvimos respetuosa cercanía. Cuando renuncié a seguir integrando la JDU, recibí un mensaje suyo lamentando mi salida.

De su gestión como Secretaria de Estado en el Despacho de Educación desconozco casi todo. Solo recuerdo que en cierta ocasión una maestra me comentó que a instancias de Rutilia, en su gestión ministerial, los maestros activos y jubilados fueron tratados con justicia al recibir un pago que se les adeudaba desde hacía muchos años. Por el conocimiento que tengo de ella, de sus convicciones y actitudes, pienso que de ese desafío ministerial, que asumió por breve tiempo, salió con la frente en alto.

Al final de su vida, condujo su enfermedad con valentía y responsabilidad. Como su tío muy querido por ella, el pintor hondureño Ezequiel Padilla Ayestas, Ruti vivió siempre con dignidad, con actitud crítica y transformadora, con decencia y humildad. Su fe inquebrantable fue un motor que día a día le impulsó en su ruta de buen ser humano.